

De hoy mas vuelva á sufrir nuevos afanes,
 Nuestros ginetes talen sus campiñas,
 Y la sangre de Sarra se derrame
 En las escaramuzas repetidas:

Que el cielo, que hasta aquí miró propicio
 El éxito feliz de su conquista,
 Verá gustoso fenecer el nombre
 Del que tanto ofendió su ley divina.

Dios, sí, Dios mismo de rigor armado
 Á nuestros brazos servirá de guía,
 Porque ganando su sepulcro santo,
 Se mire el Asia á nuestro pie cautiva.

Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,
 Que el nombre de FERNANDO repetía:
 Todos al duro asedio se aperciben,
 Acusando las horas de prolijas.

Suena confuso estrépito: el soldado
 Se viste el espaldar y la loriga,
 Y al apretar las cinchas el ginete,
 El caballo beligeró relincha.

Ya corren por la vega dilatada,
 Que el Jenil baña con corriente fría:
 Los campos queman, roban el ganado,
 Huye el pastor á la contraria orilla.

Tristes gemidos é incesante lloro
 En la infeliz ciudad el aire hendían:

El vulgo corre temeroso y ciego:
 Deja el muro y ocupa la mezquita.

Asi venciendo Vespasiano y Tito
 Los fuertes muros de la sacra Elía,
 Esta lloró su misera desgracia
 Con hambre y fuego y muerte destruida.

Boabdelí, de valor y fuerzas falto,
 Al Albaicin medroso se retira:
 Dudoso al escuchar consejos varios,
 Entre opuestos dictámenes vacila.

Quien le aconseja que la gente anime,
 Tienda al aire las árabes insignias,
 Salga á campaña, y en batalla dura
 Al enemigo intrépido resista.

Quien pretende, primero que rendirse,
 Que en llamas arda la ciudad querida,
 Dando la vida al tósigo y al hierro,
 Cual los de Astapa ó la Sagunto antigua.

Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,
 Que el sexto lustro de su edad cumplía,
 Árabe en patria, Aldoradin en sangre,
 Hijo de Abenhucen y Geloira:

Negra la barba y el color tostado,
 Sangrientos ojos de espantable vista,
 Robustos miembros, corto de razones,
 Diestro en el arco, cimitarra y pica:

Locura es, dijo, en pareceres varios
Perder el tiempo que veloz camina,
No habiendo fuerzas, ni ocasion, ni gente
Para librar la patria que pelagra.

¿Expondremos acaso á una batalla
La feliz libertad que tanto estima,
Cuando de España la potencia junta
Procura con teson nuestra ruina?

No, no es justo, ni en este medio solo
La pública salud se encierra y cifra:
Una astucia rompió de Troya el muro,
No Agamenon ni Aquiles de Larisa.

Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo
Huya las sombras de la noche fria,
Hacer que el campo del contrario fiero
Con incendio voraz vuele en cenizas.

La confusion, el sobresalto y miedo,
El sueño, que los miembros debilita,
Las llamas y la noche harán felice
La heroica accion, si Boabdelí la anima.

Sí, yo la apruebo, dijo, y de los hombros
En muestra de su amor al punto quita
El precioso alquicel, que el moro admite,
Doblado reverente la rodilla.

Vístese al punto las lucientes armas,
Que el oro y el cincel enriquecian,

En quien mostró su perfeccion el arte,
Que á Gradivo tal vez dieran envidia.

En el turbante el acerado casco
Al herirle la luz rayos envia,
Luna pequeña y afolladas tocas,
Con un penacho verdegay encima.

El dilatado borceguí guarnecen
Dorados lazos y labores ricas,
Y el alquicel en el siniestro lado
Con plata y borlas resplandece y brilla.

Del ancho tahalí se ve pendiente
La cimitarra fuerte damasquina,
Que ciñó al lado Abenhozmin su abuelo,
Cuando á servir á Soliman partia.

La istriada lanza acomodó en la cuja,
Que cual un mimbre el bárbaro blandia,
Á cuyo golpe en desigual pelea
Felipe de Aragon perdió la vida.

Pintó en la adarga de Azamor el moro
Herido un corazon que en fuego ardia,
Y en campo azul alrededor escrito:
Si mas pudiera dar, mas te daría.

La rica manga adorna el diestro lado,
Que de aljofar bordó y argentería
Con cifras de su nombre Zelidora,
Que ausente dél en Tremecen vivia.

De un tostado alazan oprime el lomo
De largas crines y cabeza erguida,
Pecho espacioso y espumante boca,
Y docil á la rienda que le guía.

Parte su dueño en la callada noche
De la famosa Iliberis antigua,
Sus muros deja atrás y capiteles,
Y al enemigo campo se avecina.

Hórridas sombras, ocupando el suelo,
Al intento mejor favorecian:
Muda quietud al sueño convidaba,
Y el Darro suspendió la clara linfa.

Cuando al atravesar raudal pequeño,
Que del vecino monte descendia,
Sintió pisadas, y de rato en rato
Templadas armas que al mover crujían.

Refrena el paso el arrogante moro,
El freno y el aliento detenía,
Al ver ya cerca un caballero armado,
Que en ligero tropel tras él venía.

Sale á encontrarle, y previniendo el asta,
¿Quién eres? dijo: ¿dónde te encaminas?
Dí si eres granadino ó castellano,
Y cuál es el intento que te guía.

Soy granadino, respondió; y si acaso
De tu amor y tu sangre no te olvidas,

Tu primo Zuleman es quien te sigue,
Y la justa venganza quien le anima.

Tú sabes bien que en la pasada luna
Mató á mi hermano en esta vega misma
La dura lanza del Guzman valiente,
Impio verdugo de agarenas vidas.

Sabes que era mi hermano malogrado
La esperanza y blason de la morisma,
Señor de Alhora, de Carthama alcaide,
Caudillo y Alhagib de su milicia.

Sabes cuánto lloré la injusta muerte,
Sabes cuánto perdió la patria mía,
Y que del homicida la cabeza
Prometí presentar á Belerifa.

Tres veces ciento alárabes ginetes
El bosque oculta, que á la seña misma
Intrépidos cercando los reáles,
La acción acabarán que determinas.

Contigo vengo á que morir me veas
Á manos del que causa mi desdicha,
Ó á que logrando la venganza, vuelva
Á consolar la pena que origina.

Abrázale Zelim estrechamente,
Y defendidos de la sombra amiga,
Este se acerca al campo y pabellones,
Y aquel la retirada prevenía.

Introducido por oculta senda,
Calada cuerda al pabellon aplica
Do reposa ISABEL, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el moro se retira.

No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva,
Ni menos confusion causó el estrago
Que en el campo cristiano se extendia.

Bajan ardiendo de la excelsa cumbre
Ardientes leños, máquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,
Á quien el Tajo aurífero salpica,

Al fiero impulso de huracan horrendo
De uno en otro peñon se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.

Salta del lecho intrépido FERNANDO:
Su presencia á los débiles anima:
Manda al de Cadiz que al encuentro salga,
Por si alguna traicion se prevenia.

Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado trancelin prendia,
Cruza ISABEL armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.

Zuleman que advirtió salir armada
La gente que el de Cadiz acaudilla,

Vuelve la rienda, y hácia el bosque parte
Á prevenirlo al comenzar el dia.

El Ponce de Leon, que desde lejos
Las armas vió reverberar bruñidas,
Y el ancho escudo del gallardo moro,
Parte á alcanzarle, y al caballo pica.

Mas viendo la distancia, alta la diestra
Con impulso feliz la lanza tira,
Que por el viento rechinando cruza,
Cual flecha de la cuerda despedida.

Vuelve el moro veloz mirando cerca
El duro hierro que hácia sí venia:
¿Mas quién pudo borrar de las estrellas
El influjo fatal que le domina?

Quiso evitar el golpe; mas rompiendo
El freno herrado la coraza fina,
De roja sangre matizó las flores,
Cayó en la yerba la color perdida.

No de otra suerte á su galan Adonis
Miró difunto Venus Ericina,
Cuando en Chipre su muerte lamentaron
De sus bosques las bellas hamadriás.

Cual blanco azar, ó débil azucena,
Que del tronco apartó mano lasciva,
Que poco á poco la hermosura pierde,
El cuello tuerce, y el frescor marchita;

Asi, exhalando el último suspiro,
 Los ojos cierra en tristes agonías:
 Revuélcase muriendo, y se estremece,
 Y el alma baja á la tartárea orilla.
 Hamet, que viendo el caso lastimoso,
 Batió la espuela y aflojó las bridas,
 En venganza y furor y saña ardiendo
 Con ronca voz: cristiano, le decia,
 Si juzgas que la sangre de mi primo
 En tiernos años sin piedad vertida,
 Con la tuya, á pesar del universo,
 No la podré vengar, mal imaginas.
 Y arremetiendo cual ardiente rayo,
 La peligrosa lid acabaria,
 Si en menos fuerte escudo diera el golpe,
 Que atronó las cavernas convecinas.
 Rota la lanza, con la espada embiste:
 Ciego de enojo el moro combatia,
 El alquicel arrastra por la arena,
 Que el potro al revolver desgarrar y pisa.
 Cual en el ancho circo matritense
 Con medrosa atencion la plebe admira
 Robusta fiera que bebió el Jarama,
 Que el jóven andaluz acosa y lidia;
 Asi burlando al moro granadino
 El cristiano sus golpes detenia:

Aquel le sigue, y este levantando
 La poderosa espada vengativa,
 Tal golpe descargó con brazo fuerte
 Sobre las plumas y cimera altiva,
 Que juntas se estamparon en la arena
 Penacho verdegay, bonete y cintas.
 No vuelve mas veloz manchada tigre
 Al flechazo que el árabe le tira,
 Que el moro al golpe, del paves cubierto,
 Alta la diestra, en roja sangre tinta.
 Quiso al contrario dividir de un golpe:
 Llega, da, y hiere: y en la lid reñida
 Ninguno de los dos fuertes soldados
 Á su enemigo superior se mira.
 Mas viendo el Ponce á un lado ya cercana
 La mora gente, y bárbaras insignias,
 Y al otro en las banderas sus leones,
 Señales de su tercio conocidas,
 De punta á puño le metió la espada,
 Que al querer su enemigo resistirla,
 Cayó difunto del arzon al suelo,
 Abierto el pecho en penetrante herida.
 No de otra suerte Encelado arrogante
 Del rayo herido de la luz divina,
 Precipitandose de monte en monte,
 Cayó oprimiendo el suelo que cubria.

Ya de añafles y atabales roncos
 Confuso estruendo militar se oía,
 Y en lid sangrienta entrambos escuadrones
 Por su ley y su patria combatian.

Rodrigo parte, y en la turba mora
 Tal estrago ocasiona su cuchilla,
 Cual entre simples tímidas palomas
 Garra y pico voraz de águila altiva.

Los fuertes capitanes granadinos,
 Que en la vega mostraron algun dia
 Su esfuerzo, hoy dejan con la muerte suya
 Su patria opresa, y su nacion cautiva.

Unos con otros en atroz desórden
 El tremendo combate sostenian,
 Causando á un tiempo en una y otra parte
 Con igual confusion muertes distintas.

Mas embistiendo por el diestro lado
 Nuevo socorro que FERNANDO envia,
 El Darro en sangre coloró sus aguas,
 Marlotas y almayzares revolvia.

Ya la escuadra de Agar la espalda vuelve
 Precipitada con veloz huida,
 Dejando el campo de despojos lleno,
 Que bárbaros cadáveres cubrian.

Boabdélí, que advirtió destrozo tanto,
 Sus huestes ahuyentadas y vencidas,

El enemigo cerca de los muros,
 Y sin defensa la ciudad querida,
 Maldice airado del Profeta suyo
 Las promesas, que ya fallidas mira,
 Viendo á FERNANDO que triunfante llega,
 Y el difícil asalto premedita.

La cristiana Amazona que le sigue,
 Su intento aprueba, y á su gente anima:
 Corona el muro desarmada gente,
 Y al cielo sube inmensa vocería.

Suena el clarin belígero, y apenas
 Las tropas á embestir se prevenian,
 Blanca bandera el Albaicin tremola,
 Las puertas abre la ciudad vencida.

Entre las armas el Monarca moro
 Busca á FERNANDO, y á sus pies se humilla.
 Cidi, venciste, reverente dice:
 Tuyo es mi reino ya, tuya es mi vida.

Alza, le dijo: en mi bondad piadosa
 Perdon hallar podrá tu rebeldía:
 Vivirás como Rey y amigo mio,
 Pues supiste aplacar todas mis iras.

Marcha á Granada el campo: el bando moro
 Lágrimas derramando de alegría,
 El nombre de ISABEL y de FERNANDO
 Levanta al cielo en repetidos vivas.

En pebeteros del Oriente humea
Fragante incienso que la Arabia cria ;
Cubren las calles y edificios altos
Tapetes persas con alhombros chinas.

El sucesor invicto de Pelayo
Y la excelsa Matrona de Castilla,
Triunfantes entran, la cerviz pisando
Del bárbaro poder y la heregía.

La Fé y la Religion iban delante,
Que dirigieron la feliz conquista,
Arrollando moriscos estandartes,
Y eclipsando las lunas enemigas.....

Cante otro lo demas, si á objeto tanto
Menos puede bastar que voz divina,
Pues fatigada del asunto heróico,
Enmudece esta vez la trompa mia (*).

(*) Obtuvo este romance el *accessit* en el concurso de premios celebrado el año de 1779 por la Real Academia Española, la cual lo publicó bajo el nombre de *Don Efran de Lardax y Morant*, con que se había disfrazado su autor, y que es anagrama de D. Leandro Fernandez Moratin. La corta edad del poeta, que á la sazón solo contaba diez y ocho años, sirve de excusa á los defectos que se notan en esta composicion, ó de propiedad en las costumbres, como la mencion de pinturas y estatuas entre mahometanos, ó de exactitud en la historia, como en la patria que se asigna al Gran Capitan, y en la equivocacion de Agar con Sara. Estas y otras imperfecciones, aunque compensadas con la belleza de la versificacion y la valentia de las expresiones é imágenes, fueron aparentemente los motivos por los que Moratin, severo consigo en demasia, no incluyó el presente romance en la edicion de Paris. (*Nota de la Academia.*)

LEGGION POÉTICA.

SÁTIRA

CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA
CASTELLANA (*).

APENAS, Fabio, lo que dices creo (1),
Y leyendo tu carta cada dia,
Mas me confunde cuanto mas la leo.

¿Piensas que esto que llaman pöesia,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería?

¿Ó que puede adquirirse el numen santo
Del Dios de Delo á modo de escalada,
Ó por combinacion ó por encanto?

(*) La presentó Moratin en el concurso poético á que llamó la Real Academia Española el año de 1782, bajo el nombre supuesto de *Don Meliton Fernandez*. La Academia le concedió el segundo lugar y los honores de la impresion. Posteriormente la corrigió y mejoró Moratin, reduciéndola á doscientos y dos tercetos de doscientos ochenta y cinco que antes tenia. (*Nota de la Academia.*)